

Relato oficial sobre el tema “Manía” *

María P. Manhaes, E.Portella Nunes, Adolfo Hoirisch
(Río de Janeiro)

Descriptores: PARANOIA / YO / SUPERYO / APARATO PSIQUICO / GRUPO / PSICOTERAPIA / RESEÑA CONCEPTUAL / MATERIAL CLINICO.

INTRODUCCIÓN

Los griegos denominaban a los enfermos mentales, teniendo en cuenta las características extrañas que presentaban de “maníacos”. El término manía se identificaba al de “locura”, en el concepto popular.

Bajo el punto de vista de las perturbaciones mentales, la terminología fue aplicada a las formas agitadas de los trastornos generales y tenía un carácter meramente descriptivo. Las tentativas para un mejor concepto partieron de Pinel y Esquirol (7) que, aunque dentro de un cuadro muy amplio, presentaban como una de las características importantes la exaltación. La situación quedó posteriormente más imprecisa aún cuando se sumaron a los cuadros de la manía, en el siglo XIX, trastornos especiales como la “monomía”, “piromanía”, etc.

A partir de 1850, entre tanto, la manía comenzó a constituirse en entidad más autónoma con adjetivaciones, tales como “primitiva”, “idiopática”, integrando las psicosis circulares, periódicas o intermitentes. Kraepelin (7), en 1899, en la sexta edición de su tratado, unió definitivamente la manía a la melancolía, estableciendo el concepto de psicosis maníaco-depresiva, que hasta hoy permanece inalterado y aceptado por casi todas las escuelas.

En la literatura psiquiátrica y psicoanalítica, la manía ha sido un tema poco estudiado. En la revisión histórica de los conceptos psicoanalíticos sobre la manía destacaremos, solamente, los estudios fundamentales.

En 1911, Abraham (1) señaló que en la psicosis maníaco-depresiva las dos fases están dominadas por los mismos complejos. La diferencia estaría, solamente, en la actitud del paciente ante esos complejos. La manía sería desencadenada cuando la represión ya no pudiese resistir a los asaltos de los impulsos reprimidos. En el estado maníaco el paciente reeditaría una situación de la infancia, época en que sus impulsos no habían sucumbido aún a la represión. Relacionó *la fuga de ideas del maníaco* con los mecanismos de incorporación canibalística y eliminación anal, resaltando la gran aceleración del ritmo.

Freud (11) juzgó que en la manía ocurriría una fusión del Yo con el Superyo. En la manía habría una liberación de la energía que estaría ligada al conflicto doloroso de

* Sociedad Psicoanalítica de Río de Janeiro.

duelo y depresión, produciéndose así disponibilidad de libido. Relacionó el triunfo, en la manía, a esta liberación de energía, agregando que el objeto sobre el cual el Yo estaría triunfando, permanece oculto para él. Sugirió que las cargas liberadas en el final de la melancolía, harían posible la aparición del cuadro maniaco y que esta acumulación, dirigida al Yo debe tener origen en una regresión de la libido al narcisismo. Estableció un paralelo *con* la evolución histórica de la humanidad que se desenvuelve en períodos cíclicos de sumisión y rebelión, contra el jefe de la horda, comparando esos períodos con los ciclos de la psicosis maniaco-depresiva.

Lewin (19) analizó las ideas de Freud sobre la fusión del Yo y Superyo en la manía. Concordó con Rado (20) al señalar que la fusión de esas instancias sería una repetición de la satisfacción oral del niño con el pecho. Señaló, aun, en la manía, *una regresión* a la primera fase del desarrollo del Yo que Freud describió como el “Yo Placer”. Sugirió que en la manía ocurriría una repetición, en forma simbólica, de la triada de “devorar ser devorado y dormir”. Lewin no relacionó la manía a la depresión, señalando la independencia de esos dos estados.

Melanie Klein (17), a partir de 1934, hizo notables contribuciones al estudio de la manía. Inicialmente hizo referencia a la “posición-maníaca”, en la cual reunía las ansiedades y defensas correspondientes a esos estados. Consideró que la depresión, la manía y la paranoia, estarían estrechamente relacionados. En las tres situaciones habría un fracaso en la tentativa de mantener la identificación con los objetos amados, tanto internos como externos. Recordó las defensas mágicas, relacionadas a la omnipotencia, utilizadas con el objetivo de controlar y dominar los objetos: la negación, la idealización y la ambivalencia. Según el trabajo de Klein, las defensas maníacas estarían relacionadas con experiencias infantiles precoces. Afirmó que esas defensas son normales, en ese período, y cumplen la función de proteger y defender el Yo no maduro del niño. En la posición esquizoparanoide, esas mismas defensas son usadas para disminuir las ansiedades persecutorias. Aun manteniendo la posición depresiva, ellas se modifican para adecuarse al proceso de integración y síntesis sobre todo, haciéndose menos extremas y, por ello, más capaces de enfrentar una realidad psíquica más evolucionada. Si bien esas defensas forman parte del desarrollo normal, siempre que hubiese tendencia al uso constante de las mismas, estaría aumentada la predisposición a la psicosis maniaco-depresiva, en la vida posterior.

A. Rascovsky (21) postuló que el maniaco retrocede a una situación anterior al nacimiento, hablando de una “posición maniaco-fetal”, por creer haber identificado, en la manía, dinamismos propios a la psiquis del feto. La posición maniaco-fetal sería un estado preparatorio para el desarrollo normal. Las condiciones vigentes en la vida fetal se derivarían del hecho de que las funciones de adaptación a la realidad exterior estarían siendo hechas por el organismo materno y el feto no las ejercerla aun. La existencia del flujo continuo del cordón umbilical, suple al Yo con lo suficiente para satisfacer la demanda instintiva. En esa fase tendría el Yo exclusivamente relaciones con la fantasía innata (“objetos-ideas” endopsíquicos) anteriores a aquellas que se establecen con los objetos reales externos. La estructura específica del psiquismo fetal antecedería a la incorporación endopsíquica del mundo externo real.

La casi totalidad de los psicoanalistas reconoce la interrelación entre la manía y la depresión, mostrando, en ese campo, los conflictos comunes existentes en las dos fases. Freud (11) sugirió con razón, que la rebelión periódica del Yo contra el Ideal del Yo, es la responsable por la variación periódica de la depresión y de la manía.

Alexander (2) considera que en la psicosis maniaco-depresiva, el período tiránico de castigo, durante el cual el Superyo celebra sus orgías primitivas, sádicas, es seguido por la faz maníaca de liberación. Se elimina el Superyo tiránico permitiéndose

la aparición de las tendencias del Ello.

Creemos que a pesar de la importancia de las contribuciones arriba expuestas, así como de numerosos trabajos de psicoanalistas como Jacobson, Katan, Rádo y otros, permanecen aún oscuros varios aspectos del mundo maniaco.

En este relato, procuraremos discutir, sobre todo, el problema de la posición maníaca en el desarrollo normal, las características generales del cuadro maniaco, las relaciones de la manía con la depresión y estados paranoides, así como las relaciones entre las instancias psíquicas.

De inmediato mostraremos en un ejemplo literario, en el “Timón de Atenas”, de Shakespeare, cómo una situación maniaca antecede a un cuadro paranoide. Utilizando el material de un grupo terapéutico se puede ejemplificar cómo la actitud maníaca consigue, algunas veces, callar una anunciada situación depresiva. Finalmente, los diversos componentes del carnaval, sirven para expresar las tendencias utilizadas para luchar con los sentimientos depresivos, angustias y ansiedades primitivas.

Expuesto esto, quedaría ahora discutir las relaciones de la manía con la depresión y los estados paranoides.

La práctica clínica muestra, con frecuencia, en los análisis individuales, cómo las defensas maníacas pueden ser utilizadas para evitar una depresión presentida, o cómo las depresiones son sucedidas por estados maníacos.

Por otro lado, las defensas maníacas son también movilizadas ante ansiedades persecutorias y el comienzo de cuadros paranoides puede estar indicado por sintomatología maniforme. La experiencia maniforme con grupos terapéuticos corrobora esas observaciones de los tratamientos individuales. Creemos poder observar en las reacciones maniformes de masa, un fenómeno similar. Así el carnaval, como otras fiestas rituales cíclicas, está marcado como reacción frente a acontecimientos depresivos. Durante el desarrollo del niño, sabemos que el pasaje de la posición esquizoparanoide a la posición depresiva no se hace bruscamente; no hay, obviamente, una delimitación precisa entre uno y otro estado. Existe, por tanto, una faja temporal en que están entrelazados esos aspectos del desarrollo infantil, en íntima conexión.

Melanie Klein (17, 18) en sus trabajos enfatizó tal interpretación y estudió el triángulo paranoia-manía-depresión. Entre tanto, partiendo del supuesto de que la manía es una defensa a un estado depresivo o paranoide, surge nuestra curiosidad ligada a la posibilidad de, a partir de un estado maniaco, pronosticar la aparición de manifestaciones depresivas o paranoides. A la par de esto, nos preguntamos, también, en cuanto a un posible punto de fijación en el desarrollo emocional del niño, una posición maníaca, que sería la parte inviolable del cuadro en cuestión. Nos parece que, aunque se sienta a veces imbricado, emergiendo en el medio a las manifestaciones maníacas, aspectos paranoides y depresivos, lo que dificultaría prever el tipo de ansiedad primitiva subyacente, entre tanto sabemos que es posible encontrar, en ciertos casos, un predominio de determinados aspectos sobre los otros. En relación a los datos que aproximan a las manifestaciones paranoides de las maníacas, Paula Heimann (16) destacó la necesidad de triunfar sobre el perseguidor, la exaltación del “Self”, la transformación rápida de la actitud cordial, jocosa, en violenta agresión, cuando encuentran oposición. Por otra parte, sabemos que las manifestaciones maníacas y depresivas no solamente acostumbran aparecer bajo forma de estados mixtos, como también pueden emerger, de modo fugaz, síntomas de un síndrome en la otra. La manía es, pues, un conjunto de defensas, profundamente regresivas, una vez que a través de mecanismos psicóticos el paciente intenta luchar con las angustias

primitivas: paranoides y depresivas.

Se muestra, como defensa, frágil para contener las ansiedades paranoides y más eficaz para luchar con las depresivas. Es, por lo tanto, de suponerse que se estructure luego el estado esquizoparanoide o, más precisamente, en el período intermedio, de transición de la posición esquizoparanoide hacia la posición depresiva.

Importaría aún rever las ya citadas relaciones entre las instancias psíquicas, en la manía.

Los puntos de vista, hasta ahora emitidos, no son muy claros en lo que respecta a las razones de las modificaciones sufridas por esas instancias, aunque la mayoría de los autores se han ocupado del asunto. En general los investigadores concuerdan con Freud (10) en lo que tiene que ver con la fusión del Yo y del Superyo, a pesar de interpretar ese hecho bajo los ángulos más variados; para unos, el proceso se daría por modificaciones primarias del Yo y, para otros, por alteraciones del Superyo.

Descriptivamente, vemos un Yo liberado de la opresión, en una posición simétrica y opuesta a la que ocupaba en la melancolía. Es un Yo que escapa a la tiranía de un Superyo sádico que lo oprimía y que intenta, ahora, “celebrar” el acontecimiento (11).

Freud (11) interpretó ese hecho como resultante de la fusión del Yo y Superyo o del Superyo con el Ideal del Yo. Esta última forma de expresarse presenta una contradicción que fue perfilada por Rado (20), en 1924, cuando él sugirió que existía en la melancolía una vinculación con una figura Superyoica severa y, en la manía, fusión e. identificación con el objeto bueno.

Es interesante, por lo tanto, que los autores no hubiesen tomado en consideración la necesidad de la integración funcional de las tres instancias y, por tanto, la participación del Ello. Freud al usar el término sugestivo de “rebelión”, estaría ya haciendo una alusión a ese hecho.

Posteriormente, en sus trabajos a partir de 1923, al rever sus concepciones sobre las instancias psíquicas, formuló que el Superyo “permanece de manera duradera próximo al Ello y puede atribuirse junto al Yo, la representación del mismo

Y agrega: “El Superyo no es simplemente un residuo de las primeras elecciones objetales del Ello, pero también, una enérgica formación reactiva contra las mismas” (12).

Al considerar ahora los dos cuadros, verificamos que en el Superyo del melancólico “reina el instinto de muerte que consigue, con frecuencia, llevar la muerte al Yo cuando éste no se libra del tirano, refugiándose en la manía”. En la manía, a pesar del predominio del instinto del placer y del proceso primario, que son propiedad del Ello, verificamos que el Yo del maniaco no es feliz; al contrario, el individuo está siempre ansioso, pues el Ello, además de ser la fuente de las energías libidinosas, lo es también del impulso tanático que actúa “mudo y poderoso”. Verificamos que existe, también, en la intranquilidad que domina al maniaco, además de los hechos ya citados (libido narcisística, desgenitalizada, actividad desordenada, etc.), la exteriorización exagerada de la agresividad que puede ser apreciada en la tarea constante a que se atiene de denigrar los objetos.

Esa proximidad estrecha entre el Superyo y el Ello, el aumento del instinto de muerte actuando en un Yo regresivo, nos llevan a comprender, al considerar el cuadro final del maniaco grave, cómo su terminación puede ser tan triste como la del melancólico o más regresiva aún.

CARACTERISTICAS DEL MUNDO MANIACO

Según Melanie Klein, la experiencia de transición de la posición esquizoparanoide para la posición depresiva no se hace sino con grandes ansiedades. Juzgamos ser en ese período, en que aparece el conjunto de ansiedades y defensas características y conocidas como defensas maníacas. En condiciones normales de desarrollo, el niño se siente gradualmente más seguro con respecto a la fuerza de sus impulsos amorosos, así como más confiado en los objetos idealizados. El Yo se vuelve más fuerte y capaz de defenderse así como a sus objetos buenos. De ese modo disminuye la necesidad de proyectar impulsos agresivos, tanto cuanto más aumentan los objetos malos. El niño tolera mejor sus aspectos destructivos y los miedos paranoides disminuyen, posibilitando mejor integración del Yo. Con el decrecimiento de los procesos de "splitting", se va creando la posibilidad de reconocimiento de la madre como objeto total. El niño comienza a darse cuenta que sus experiencias no proceden de un seno bueno y otro malo, pero sí de una misma madre que es, igualmente, la fuente de lo bueno y de lo malo. La omnipotencia de los mecanismos orales agresivos conduce a la ansiedad de que los impulsos destruyan, no sólo el objeto bueno externo, sino también el bueno introyectado, con el cual está identificado el Yo. El temor de haber dañado o destruido ese objeto bueno, lleva a la culpa y correspondientes ansiedades de que la destructividad de los impulsos haya hecho desaparecer el objeto bueno.

Somos de la opinión de que, en el intento de escapar de esas ansiedades, durante una faz de transición, el Yo se defendería por un equilibrio de lo bueno y de lo malo; vale decir: la madre no sería tan buena como el seno bueno y ni tan mala como el seno malo. El carácter bueno o malo de la madre quedaría en la dependencia de cada presentación, o sea, en la medida en que gratificase o no los deseos del niño, cuyo Yo, identificado con el objeto idealizado, se constituiría como la fuente de toda bondad. La inseguridad en la bondad de los objetos de afuera, llevaría a una exageración de los procesos de proyección e introyección y a una tentativa de compensar la calidad con la cantidad de esos procesos.

En ese orden de ideas pensamos que la desvalorización de los objetos externos, la disminución del carácter bueno y malo de los objetos, sirven al niño para atenuar los sentimientos de dependencia de la madre, así como la amenaza de los objetos malos. La negación de la realidad psíquica y de la dependencia de los objetos, se va a hacer a costa de un refuerzo del sentimiento de omnipotencia. De ese modo, la relación maníaca de objetos se procesa con fantasías de control, triunfo y desprecio.

Esos afectos antes mencionados están relacionados con el temor de dependencia, sobre todo en una faz de inseguridad en cuanto al carácter de "bueno" de los objetos. El control es uno de los caminos de negar la dependencia, como hasta de invertir el sentido de la ligazón de tal modo de tener la falsa sensación de estar dominando. Por medio del sentimiento de triunfo, que es experimentado como de derrota del objeto, se niega la necesidad de cualquier ansiedad con relación a la pérdida de esos objetos, así desvalorizados. El desprecio es otra forma de negación del valor, tanto positivo como destructivo, de los objetos. Tal actitud tiene por finalidad, naturalmente, aplacar los temores del objeto persecutorio, así como las experiencias de pérdida y de culpa. Un objeto que se desprecia, no amenaza, ni puede suscitar culpa la posibilidad de que sea destruido.

Dentro de este equilibrio del mundo maníaco, la voracidad de las percepciones se va a hacer con el objetivo de compensar las desvalorizaciones de esos objetos. La actividad maníaca es, por eso mismo, no dirigida, sin escala de valores y se pierde en realizaciones de ningún sentido práctico. La verbalización del pensamiento, con el

equilibrio de la línea directriz, se encamina por líneas colaterales, una vez que todas las ideas están en un mismo plano, en un mundo carente de valor y por eso sin jerarquía. El Yo del maníaco se encarga a cada instante de conferir el carácter bueno o malo a cada objeto y a cada pensamiento

APLICACION

La manía de los individuos

“Timón de Atenas” (23).

Shakespeare inicia esta tragedia describiendo la vida de Timón, sin mostrar, todavía, a lo largo de la narración, ciertos datos de la curva biográfica, que mejor aclaren la situación primitiva.

Timón distribuía exageradamente todos sus bienes entre aquellos que frecuentaban su casa, sin discriminación, controlándolos, haciéndolos dependientes de él y haciéndolos aparentemente buenos. De momento a momento, Apemanto, excéntrico filósofo, como una instancia de Timón, lo alertaba insistentemente, de que estaba cercado de enemigos (“Me espanta ver confiarse los hombres unos en los otros”). Como un supermecenas protegía a los artistas sin detenerse en el análisis de lo que producían, además de amparar a los pobres y perseguidos. Ridículas eran sus compras, como desprovistos de sentido común eran los regalos recibidos.

Tal necesidad de dar en abundancia, correspondía a su deseo de ser amado a cualquier precio, pues era su intención “subyugar todos los corazones a su amor”. Esto trataba de compensar su mundo interno poblado por objetos frustradores. Siendo Timón un antiguo general, a quien la patria debía algunas victorias importantes, podemos suponer que no era joven y sí, un solterón recalcitrante. Es curioso destacar que la aparición de mujeres, en la pieza, solamente ocurre en dos pasajes. La primera vez, de modo rápido, aparecen Cupido y varias damas con trajes de amazonas, las cuales danzan y cantan, formando parejas con los nobles presentes —Timón no pasa de espectador, solamente—; consigue ver las parejas en alegre unión, desexualizada por la negación. Entretanto, al final de la obra, aflora la fantasía de Timón ante la mujer prostituta, cuando se dirigía a Frineia y Timandra, formulando el deseo de que las dos meretrices sembrasen la destrucción. Timón era un ser aislado, a pesar de estar rodeado de tanta gente. El colorido narcisístico está bien descrito en los “aduladores, cuyos rostros reflejaban como en un espejo el humor actual de su amo.

A todos, aquella “buena naturaleza”, ofrecía su casa, a todos recibía con banquetes frecuentes, con tal que tradujesen “ostentación y pompa”. Los jóvenes a quien ayudaba y cuyas deudas rescataba, sacándolos de la prisión, luego pasaban a imitarle la prodigalidad, como contaminados por las ideas de grandeza de Timón, para lo cual hacían uso del patrimonio del dadivoso señor. Timón, por lo tanto, amábase a sí mismo y a los que a él se asemejaban.

La relación de dependencia resultante de la comparación de la oralidad canibalística (“devorar, ser devorado y dormir”) se destaca en la descripción: “En tanto que él se regocijaba en medio de todos esos aduladores o amigos que de él se mofaban, en tanto que ellos lo devoraban y drenaban para sus fortunas secas, inmensos beneficios sorbidos con los más ricos vinos, bebidos a la salud y prosperidad de Timón, éste no podía darse cuenta de la diferencia que existe entre un amigo y un adulador. . . “. Así él se envolvía en esa atmósfera, considerándola “un verdadero festival de fraternidad”. En las frases de Apemanto se percibe la voracidad: “Cuánta

gente come de Timón sin que él se dé cuenta. Sufro al ver que tanta gente moja el pan en la sangre' de una sola persona y, lo que es locura máxima, él mismo los concita a ello”.

De entre los múltiples objetos, a los cuales se ligaba superficialmente, sobresalía la figura de Flavio, el fiel criado, en hacerle ver constantemente la realidad de la situación, tratando de destruir la fantasía creada por el amo, de que “Pluto, el dios del oro, fuese su siervo”. Eran inútiles las ponderaciones de Flavio, visto como Timón, dada la necesidad de negar la realidad, no le daba la menor importancia.

Con el correr del tiempo Timón estuvo obligado a verificar que su dinero y bienes estaban acabándose y que sus tierras habían sido disipadas en la vorágine de sus gastos fastuosos. Reconoció entonces, por la voz de Flavio, que el “mundo es simplemente el mundo y tiene sus límites; si fuese posible darlo todo por medio de un suspiro, muy de prisa se desvanecería”.

Acosado por los acreedores, Timón envía emisarios a aquellos que más se beneficiaron con él, recibiendo negativas, por medio de respuestas nada convincentes. La casa, antes llena de música, luces, lujo y esplendor, se vuelve ahora vacía, cobijando al pobre Timón, que en ella se refugia como en una cárcel. Entre tanto, hay una conjugación de esfuerzos para mantener en pie las defensas maníacas, y que se expresa en la tentativa de negación de los objetos perseguidores: “. . . considero bendita esta situación, pues gracias a ella podré, ahora, poner a prueba a los amigos. . .”. Y luego, más adelante: “. . . soy rico en mis amigos...”.

Después, lleno de desesperación, triste y desengañado, el personaje del título planea una fiesta, invitando a sus antiguos comensales. Todos comparecen curiosos, admirándose de que, en tal estado de pobreza, pudiese Timón ofrecer una reunión de gala. Son varias las disculpan que presentan, explicando todas las razones por las cuales no pudieron socorrerlo en oportunidad. Timón, que para todos fuera de liberalidad extrema, les pide que no se preocupen en esos hechos, pues para él, todo ya fue olvidado.

En la mesa del banquete, en que se sentía la restauración del ambiente antiguo, se sirven los platos cubiertos y, a una señal, Timón pide a todos que los descubran. Al hacerlo, comprueban que contienen solamente agua tibia y luego Timón comienza a vociferar, preso de odio intenso: “¡Descubran cachorros, perros falderos!”. Todos se retiran, huyendo de la loza que él arremete furiosamente, insultándolos a los gritos. Sienten todos, la transfiguración del personaje en consideración y uno de los nobles presentes se manifiesta así: “Hoy da joyas, mañana palo”.

Timón se retira para el bosque, donde, desnudo, para no asemejarse más a los hombres, pasa a vivir en una caverna, alimentándose de raíces, huyendo de los seres humanos y tratando de encontrar más amor en medio de los animales. Pasa a vivir en el vientre de la tierra, su madre” como “si de ella nunca se hubiese separado”. Timón acusa a los amigos de la situación por la cual atraviesa, atribuyéndoles la responsabilidad. “Qué modificación de Lord Timón, el rico Lord Timón, el placer de la humanidad, para Timón el desnudo, Timón que odiaba a los hombres.”

El miedo de que los objetos externos incorporados fuesen una fuente de veneno, de destrucción, está reflejado en el alejamiento de Timón. Esa última faz es la más regresiva y de ella la figura central huía a través de la defensa maníaca, antes empleada.

En ese estado, por casualidad, se hace dueño de una fortuna, que descubre cavando la tierra. Sus fantasías infantiles de destrucción buscan realizarse, cuando da el oro a unos soldados, que pasan y que integran las tropas de Alcibiades, cuyo objetivo era arrasar Atenas. A los senadores, que preguntaron por él, pidiendo ayuda y

consejo, Timón les señaló un árbol para que en él se ahorquen.

Cómo Timón murió, no se supo a ciencia cierta. Lo que de él quedó fue la inscripción de su sepultura: "Mientras *vivió*, odió a todos los hombres y, al morir, deseó que una plaga exterminase a todas las personas ruines".

Estados maníacos y grupos terapéuticos

La experiencia, ahora bastante amplia, con grupos terapéuticos ha permitido la observación de defensas maníacas que son movilizadas con el objetivo de librar al grupo de situaciones depresivas o ansiedades paranoides. A título de *ejemplo*, mostramos a continuación un pequeño trozo de sesión donde es posible percibir una de las estructuras en que pueden surgir defensas maníacas.

Se trata de un grupo mixto, abierto, de ocho componentes, que se inició un *año* antes de *la sesión cuyo "flash" va a ser* relatado:

María: Yo volví a tener aquel miedo terrible de la muerte.

Lucía: Yo estoy muy bien; pasé una semana excelente. Recibí carta de mi pretendiente, en que me invita a ir a Europa para verlo y, tal vez, decidir el casamiento.

En el trabajo todo va bien; estoy produciendo mucho y mi jefe queda admirado de cuánto consigo yo rendir. Ahora estoy preparando la ropa para viajar. Estoy segura de que todo va a salir óptimamente.

María: La semana pasada...

Jorge: ¿Antonio ya se casó?

Lucía: Creo que no. La última vez que estuvo aquí estaba preocupado con los problemas creados por la familia de la novia.

Analista: El grupo está muy receloso de oír a María. Amenazado por la afirmativa inicial del miedo a la muerte y de haber pasado mal, el grupo procura impedirle hablar.

María: No sé para qué la gente nace. No puedo aceptar la muerte.

Lucía: Ayer me hablaron de un aparato maravilloso que va a resolver el problema de las favelas. Es un dispositivo que se pone en el útero y puede quedar durante años. Solamente deja pasar sustancia del útero a la vagina. Las personas se pueden relajar sin ningún peligro.

Analista: El grupo procura negar la amenaza de muerte acabando con los nacimientos. El aparato maravilloso no resuelve sólo el problema de las favelas, sino también el problema del grupo que, de ese modo, puede negar la amenaza de la muerte no permitiendo, con ese dispositivo, que el grupo se quede grávido por las amenazas de María.

Estados maníacos en las grandes masas

Carnaval.

Al intentar una comprensión analítica de un fenómeno colectivo como el carnaval, tenemos presente la limitación de nuestro instrumento.

Como fiesta colectiva, el carnaval supera la dimensión meramente psicológica, por sus implicancias etnológicas, antropológicas, religiosas, etc. No obstante, esto no impide que podamos enfocar algunos aspectos de la dinámica colectiva que conduce al

carnaval.

La etimología de la palabra carnaval está controvertida. Para algunos vendría de *carnelevare* (llevar la carne), o de *carnelevarium* (pérdida de la carne) o simplemente de *carnevale* (adiós a la carne); no hay ninguna certeza sobre esas formas y se cree que se trata de una palabra de formación y sentido híbrido.

En cuanto a los orígenes, sabemos que son remotos, y el carnaval puede ser comparado a una manifestación más suave de las antiguas *lupercales*, *bacanales* y *saturnales*.

Parece no haber dudas de que se trate de una fiesta religiosa, repitiendo una adaptación cristiana de las saturnales y consagrada entre los festejos religiosos católicos, por el Papa

5. Gregorio Magno, en el siglo vi. El centro primitivo de esa fiesta fue Roma, irradiándose de allí hacia los demás países irradiándose de allí hacia los demás países cristianos, con celebraciones ruidosas que repercutían de manera pública y definitivamente ligada a la Cuaresma.

Entró en el Brasil con los colonizadores portugueses, hace más de trescientos años, con la denominación de *entrudo*. En la propia etimología de la palabra *entrudo* (*introito*, *introducción*), ya se puede percibir cómo el carnaval tiene como uno de los objetivos principales preparar, defensivamente, en una manía colectiva, el período depresivo de la Cuaresma. Es como si fuese más difícil soportar cuarenta días de conmemoración de la Pasión de Cristo, sin que hubiese una fiesta maníaca inaugural.

Interpretado por los cronistas de la época, el carnaval era considerado como una manifestación “*puerca y grosera*”, teniendo en cuenta los actos “*sucios y agresivos*” que se practicaban. Fue descrito por Fernando Soropita del siglo vi, como la “*honrada fiesta del entrudo, donde la gula con la ira y la lujuria tienen particular asistencia*” (5).

Trataremos ahora de mostrar, en los modos constantes del carnaval, la reacción maníaca que disfraza mal una situación depresiva subyacente. Así, en la trilogía *pierrot-colombina-arlequín*, se revive la frustración amorosa triangular con las características de depresión del *pierrot*, que pierde la mujer amada; al lado de eso, la actitud maniforme del *arlequín* que, no idealizando la *colombina* tanto como el *pierrot*, se mantiene inseguro, aun confuso, con relación a los aspectos buenos del objeto conquistado. Por eso mismo su relación libidinosa es frágil, superficial e inconstante. Podríamos aun ver a *arlequín* y *pierrot* como fases opuestas de una misma realidad interna.

Las caracterizaciones tan frecuentes de la muerte no esconden, tras una actitud lúdica de identificación con el agresor, un auténtico inocularse para atenuar los temores internos de destrucción.

En todo el clima de carnaval, podemos sentir la misma actitud maníaca matizada de depresión. La música, aparentemente alegre, guarda siempre igual fidelidad al tema de la frustración amorosa triangular, abandono, pérdida y muerte, siendo las de mayor resonancia las que insisten en acentuar que “*tristeza no tiene fin, felicidad sí*”; otras, anticipándose al duelo presentido, expresan el deseo de la muerte (“*quiero morir en carnaval*”), huyendo así de la culpa del *miércoles de cenizas*.

Los disfraces de mujer usados por hombre y viceversa, no pueden explicarse sólo en términos de homosexualidad latente, sino también en función de la bisexualidad, tan encontrada en los cuadros maníacos. En esta confusión generada por el equilibrio de las cualidades de los objetos internos y externos, en un clima de regresión activada por el alcohol y por el éter de los *lanzaperfumes*, la identidad de cada uno se disuelve transitoriamente.

“Orfeo negro”.

Las tentativas locales de interpretar el carnaval han sido escasas y poco fructíferas.

Recientemente, no obstante, un poeta, Vinicius de Moraes, intuyó la significación profunda del complejo carnavalesco, preparando la pieza que constituyó luego el argumento del film “Orfeo Negro”, conocido con este nombre en todos los países del exterior. El film transcurre durante el carnaval, en una mezcla de alegría y tristeza, con la temática de la muerte sirviendo de fondo durante todo el tiempo para la representación plástica, y culmina con la muerte trágica del héroe y su amada. La película termina con el renacimiento de Orfeo representado por el rostro alegre de un niño del morro que está tocando una flautita.

Esa interpretación alegórica se aproxima fundamentalmente a las concepciones freudianas emitidas, en su forma más explícita, en “Totem y Tabú” (9) y, posteriormente, ampliadas en el estudio “Moisés y el Monoteísmo” (13).

Para Freud, fiesta y sacrificio, son manifestaciones que coinciden.

Al hacer la analogía entre la psicopatología individual y la colectiva (analogía que llevó a la exageración), Freud considera el parricidio como el crimen inicial colectivo que, por su magnitud, necesita ser reprimido. Este crimen presenta, como el trauma de los individuos, las siguientes características: a) es muy antiguo; b) necesita ser reprimido; e) el acontecimiento es de naturaleza sexual y agresiva.

El cristianismo tiene por base, esencialmente, la concepción del pecado original y, por medio de la muerte de Cristo, consigue no sólo permitir el retorno de lo reprimido (parricidio), sino que también encierra una tentativa de redimir a los hermanos del crimen practicado contra Dios-Padre. Eso hace que represente “un progreso en la historia de las religiones”. El pecado original, sería, en último análisis, para Freud, de “origen órfico” (9).

El carnaval está definitivamente ligado al cristianismo y es *una* repetición compulsiva, parte integrante y antecedente del drama de la Pasión. Por ser el Brasil un país básicamente cristiano, es fácil ver la importancia que esta fiesta adquirió entre nosotros, donde también sufrió la influencia decisiva de otras religiones más *primitivas*, *pues* el “*cristianismo no quedó* inaccesible a la penetración de la superstición, de los elementos mágicos y místicos” (13).

Podemos comprender ahora las posibilidades que tuvieron el negro y el indio de introducir en el catolicismo, traído por los portugueses, las manifestaciones propias de sus religiones cargadas de magia y superstición.

La participación del negro, sobre todo, es indiscutible y varios trabajos han sido realizados, en el terreno específico de las religiones, para mostrar las influencias recíprocas encontradas en el catolicismo y en la macumba, y evidenciar de esa manera el sincretismo religioso afrobrasileño.

Según nuestro parecer, “Orfeo Negro” engloba admirablemente todo el significado del carnaval. Comenzando por el título, toda la historia integra el concepto cristiano y pagano de los festejos carnavalescos realizados en el Brasil.

La liturgia carnavalesca.

El carnaval es una fiesta cíclica, cuya conmemoración obedece a un ritual. Es, como toda fiesta: “El resultado de una elaboración lenta del grupo; donde están representados todos los elementos de la creencia, la masa de las ideas y de los sentimientos colectivos, fragmentos de dramas épicos, evocando la vida del héroe semidivino o de un gran antepasado, símbolos expresivos a veces tomados prestados de otros cultos, todo esto fundido armoniosamente y llevado a una construcción de conjunto gracias a la utilización de los ritos” (9).

Fenichel (8) también llamó la atención sobre tales fiestas, destacando que “una vez por año, bajo la garantía de un cierto ceremonial, dentro de condiciones especificadas y de una forma institucionalizada, se permite la expresión de los impulsos rebeldes”. Fenichel acentuó, aun, la semejanza de lo que ocurre entre jefes y subordinados, al igual de lo que sucede entre Superyo y Yo.

Los temores frente al Superyo llevan al individuo a diluirse en la masa y, entonces, de modo paroxístico se prepara para la tristeza de que está impregnado el miércoles de cenizas.

El ceremonial es bastante conocido entre nosotros, mereciendo referencia la previsión de la fecha, la duración cierta, los preliminares de la fiesta, la presencia de un soberano ficticio personificado por el pícnico y bonachón Rey Momo.

Ritual, simbología y carácter secreto son atributos del carnaval, y los contenidos se desenvuelven, siguiendo un tema preestablecido y repetido cada año, sin que la masa dirigida tenga conciencia plena de las principales motivaciones.

En las formas de comunicación: música, danza y canto se sienten como movimientos que oscilan alternativamente entre la soberbia y la depresión. Al observar el pasaje de una escuela de samba, en los momentos que nos inmunizamos del contagio producido por la música frenética, el impacto de los colores y el llamado casi irresistible del ritmo, podemos sentir cómo los integrantes, la escuela toda, desfilan completamente sumergidos en un clima de seriedad y gravedad religiosa. Da la impresión de una procesión.

CONCLUSIONES

La manía, considerada como una posición, puede ser representada alegóricamente por la cabeza de Janus: un cráneo con dos rostros mirando en direcciones opuestas, la posición esquizoparanoide y la posición *depresiva*.

Utiliza varios mecanismos ya conocidos, tales como la negación, la omnipotencia y la idealización, pero ninguno de ellos es vivido en términos de plena convicción, como encontramos en los cuadros paranoides. Aquí se muestran fluidos, inconstantes y superficiales.

La defensa maníaca, en su totalidad, se caracteriza por la exacerbación patológica de mecanismos que ocurren normalmente durante el crecimiento.

Además de las clásicas interpretaciones tópica y dinámica, la manía podría ser mejor interpretada a la luz de los conceptos económico y genético.

Optamos, en nuestro trabajo, por el estudio de la manía como posición. En este orden de ideas, la consideramos en una *posición intermedia entre* la esquizoparanoide y la depresiva.

Como corolario, aceptamos la manía como una defensa a un estado depresivo o paranoide. Nos surge aquí la interrogante de cuáles serían los elementos en que podríamos apoyarnos para, a partir de un estado maníaco, poder pronosticar su

evolución hacia las manifestaciones depresivas o paranoides.

En “Timón de Atenas”, donde la manía oculta un estado paranoide, se siente cómo el personaje central representa el objeto inagotable capacitado para dar una gratificación ilimitada. Timón tiene internalizado el objeto idealizado, en cuya génesis está el objeto perseguidor. Se transforma en madre generosa de recursos, en la fantasía inagotable, con poderes de controlar por algún tiempo los hambrientos y múltiples ciudadanos atenienses. Timón es la concretización de la fantasía del pecho transitoriamente lleno de cosas buenas, capaz, así, de controlar las ansiedades persecutorias del grupo. El personaje shakesperiano vivió de modo dramático el sentimiento de pérdida de partes del Yo y el consiguiente empobrecimiento. Debemos notar que en el curso de la tragedia la figura de Apemanto, como una instancia de la de Timón, pone constantemente en duda la bondad de los objetos.

Por otra parte, la ansiedad depresiva, cuyo punto de apoyo es el temor a la destrucción de los objetos buenos, es la que parece sobresalir en la manifestación maníaca del carnaval. Ahí, entonces, la manía controla predominantemente el duelo que llega para las cenizas. Parece haber defensivamente una acumulación, por la represión, de las manifestaciones depresivas, en que la manía puede anticiparlas para mejor soportarlas, como en el carnaval, o retardarlas, como en el Día del Perdón de los judíos, en el cual, después de 24 horas de expiación por los pecados, hay grandes expresiones de regocijo, satisfacción por la purificación y el entregarse a una opípara cena con una voracidad potencializada por el ayuno. La manía como defensa frente a la depresión parece mostrar la necesidad de introyectar fuerza, salud, riqueza, pureza, vida, en fin, para neutralizar la vivencia anterior o posterior del objeto introyectado pobre, pecaminoso, nihilista, enfermo y aun muerto.

En lo que se relaciona con las instancias psíquicas, llamamos la atención hacia la necesidad de una interpretación global de manera que permita un estudio más profundo de la materia, en el cual se incluya también, el papel del Ello.

Con relación a la caracterización del mundo maníaco, tenemos la impresión de que el Yo se defendería por un equilibrio de lo bueno y de lo malo y, como consecuencia final, resultaría un mundo carente de valor y sin jerarquía.

Finalizando, presentamos tres ejemplos:

- a) estudio de la manía en el individuo, utilizando para ello una pieza literaria;
- b) pequeño “flash” de una sesión de grupoterapia, en la cual se puede ver la defensa maníaca;
- e) aspectos de la manifestación maníaca del carnaval.

BIBLIOGRAFIA

1. ABRAHAM, K.— Notes on the Psycho-Analytic Investigation and Treatment of Manic-Depressive Insanity and Allied Conditions”. Selected Papers. Hogarth Press, London, 1942.
2. ALEXANDER, E.— ‘The Psycho-Analysis of the Total Personality”. Coolidge Found. Publishers, N. York, 1946.

3. ALFORD, Henry et al.— “Dictionary of the Bible”. William Smith, London, 1880.
4. BASTIDE, Roger.— “Sociología do Folclore Brasileiro”. Editora Anhambi, 1959.
5. CAMARA CASCUDO, Luis da.— “Diccionario do Folclore Brasileiro”. Instituto Nacional do Livro, 1962.
6. DELLAROSSA, Alejo.— Coexistencia de dos mecanismos defensivos: maníacos y depresivos. “Revista de Psicoanálisis”, vol. XIX, Nº 1-2, 1962.
7. EY, Henry.— “Études psychiatriques”, Nº 3. Desclée de Brouwer, Paris, 1948.
8. FENICHEL, Otto.— “Teoría psicoanalítica de las neurosis”. Editorial Paidós, 1964.
9. FREUD, S.— “Totem y Tabú”. 1913. Obras completas .Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.
- 10.-----.— “Duelo y melancolía”, 1917. Op. Cit.
- 11.-----.— “Psicología de las masas”, 1921. Op. cit.
- 12.-----.— “El Yo y el Ello”, 1923. Op .cit.
- 13.-----.— “Moses and Monotheim”, 1937. The Hogarth Press, London, 1951.
14. GARMA, Angel.— “El psicoanálisis”. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1962.
15. HAZLITT, W. Carey.— “Faiths and Folklore”. Reeves and Turner, 1904.
16. HEIMANN, Paula.— “A Combination of Defence Mechanisms in Paranoid States”. (In: “New Directions in Psycho-Analysis”. Tavistock Publications, London, 1935.)
17. KLEIN, Melanie.— “Contribución a la psicogénesis de los estados maníacos-depresivos”, 1934. (In: “Contribuciones al psicoanálisis”. Editora Hormé, Buenos Aires.)
18. .— “El duelo y su relación con los estados maníacos-depresivos”. (III: “Contribuciones al psicoanálisis”. Op. eit.)
19. LEWIN, Bertram D.—Apud ROSENFELD, II. (22).
20. RADO, Sandor.— Apud ROSENFELD, H. (22).
21. RASCOVSKY, A.— Manía y psicopatía. “Boletín de la Asociación Psicoanalítica Argentina”. Buenos Aires, 1964.
22. ROSENFELD, H.— Una investigación de la teoría psicoanalítica de la manía y de la hipomanía. “Revista de Psicoanálisis”, vol. XXI, Nº 4, 1964.
23. SHAKESPEARE, W.— “Timão de Atenas”. Editôra Melhoramentos, São Paulo.
24. SEGAL, Hanna.— “Introducción a la obra de Melanie Klein”. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1965.
25. .—“A Psycho-Analytical Approach to Aesthetics”. (In: “New Directions in Psycho-Analysis”. Op. cit.)